

Voces excéntricas de la Argentina del siglo XIX en *Finisterre* de María Rosa Lojo

Marginal voices of the Nineteenth Century Argentina in María Rosa Lojo's Finisterre

PASUREE LUESAKUL

Faculty of Arts
Chulalongkorn University
254 Phayathai Road, Pathumwan, Bangkok, 10330, Thailand
l.pasuree@gmail.com

RÉCIBIDO: 7 DE DICIEMBRE DE 2012
ACEPTACIÓN DEFINITIVA: 2 DE ABRIL DE 2013

Resumen: *Finisterre* es una recreación literaria (2005) de las *Memorias* de Manuel Baigorria, un unitario refugiado entre los indios ranqueles, desde la mirada de Rosalind Kildare Neira, una cautiva gallego-irlandesa, que luego se convierte en machi o “médica” de la comunidad indígena. Su estructuración como una novela epistolar –basada en las cartas escritas en el cabo de Finisterre por Rosalind para la joven Elizabeth Armstrong, que reside en Londres– atiende a dos fines paralelos: relatar la experiencia en “cautiverio” en la pampa argentina de la remitente y revelar la identidad materna de la destinataria, borrada intencionalmente por su propio padre. A partir de esta voz “periférica”, que feminiza la reflexión sobre asuntos bélicos y antropológicos de *Memorias*, se refleja el cuestionamiento de la dicotomía “civilización” y “barbarie” a través de la condición y la valoración de la figura de la mujer en un mundo “civilizado” y en el otro “bárbaro”.

Palabras clave: Finisterre. Argentina del siglo XIX. Los indios ranqueles. La cautiva. Dicotomía “civilización” y “barbarie”.

Abstract: *Finisterre* (2005) is the literary recreation of *Memorias* by Manuel Baigorria, a unitarian exiled among the Ranquel Indians, from the perspective of Rosalind Kildare Neira, a Galician-Irish captive, who, later, became a machi o “doctor” in the indigenous community. Its structure as an epistolary novel –based on the letters written in Cape Finisterre by Rosalind for the young Elizabeth Armstrong, who resides in London– contributes to two parallel objectives: relating the “captive” experience in the Argentine Pampa of the sender and revealing the maternal identity of the receiver, erased intentionally by her own father. This “peripheral” voice, which feminizes the *Memorias*’ reflections about war and anthropological matters, develops the question of the dichotomy “civilization” and “barbarism” through the condition and evaluation of the female figure in the “civilized” world and the “barbarian” one.

Keywords: Finisterre. Nineteenth Century Argentina. Ranquel Indians. The captive. Dichotomy “civilization” and “barbarism”.

1. GÉNESIS, DESARROLLO Y CONSTRUCCIÓN

F*inisterre*, publicada en 2005, de la argentina María Rosa Lojo constituye otro eslabón de trabajos de la propia autora que cuestionan el concepto sarmientino de “civilización” y “barbarie” a raíz del tratamiento del mundo de los indios ranqueles, iniciados a partir del ensayo *La “barbarie” en la narrativa argentina: siglo XIX* (1994) y la novela *La pasión de los nómades* (1994). A través del interés histórico-antropológico en la creación de *Finisterre*, Lojo intenta mostrar la “auténtica” cara de Argentina como un país construido fundamentalmente con la diversidad étnica y cultural, proyecto que propone una visión contraria al “imaginario blanco” que los Padres de la Patria procuraron forjar.

El origen de esta novela se encuentra en el interés de Lojo por la experiencia vital entre dos “orillas” de Manuel Baigorria (1809-1875), coronel unitario que, tras su derrota ante Facundo Quiroga en el combate del Rodeo de Chacón el 28 de marzo de 1831, decidió autoexiliarse en las tolderías de los ranqueles (Yaben 422).¹ Así, el plan inicial de la obra consistió en la novelación de la vida de este cacique blanco (Carrión 6-7). Según el primer borrador –con el título provisional de “Baigorria”– que me facilitó la autora, la obra reescribía las *Memorias* del mismo coronel, un relato autobiográfico con énfasis en el aspecto militar que registra su participación en la vida política argentina del siglo XIX. El proyecto se ubica en la corriente del tratamiento literario de la confesión final de personajes “pretéritos” propia la nueva novela histórica, en la que se imaginan versiones “verdaderas”, ocultas tras las páginas “oficiales”. En este trabajo, Lojo tenía la intención de reconstruir los aspectos ausentes en su hipotexto, por lo que se enfoca en la ficcionalización de la cotidianidad de Baigorria, correspondiendo a las costumbres indígenas y sus experiencias íntimas. Así, en este borrador aparecen dos figuras femeninas: la esposa del coronel, cuya historia “el texto de las *Memorias* acalla cuidadosamente” (Lojo 2006, 146), y una *machi*, que intenta sanar al cacique cristiano ante su “problema” de doble identidad.

Sin embargo, tras terminar la escritura del primer capítulo, Lojo decidió cambiar la dirección argumental de la obra porque “se le ocurrió la experiencia más tremenda de las cautivas, mucho más brutal que la de los hombres” (Carrión 6-7). El proyecto definitivo, ubicado en el mismo escenario y marco temporal del plan original, supone así una reescritura femenina de *Memorias* desde la mirada de Rosalind Kildare Neira, una inmigrante procedente de Galicia y cautivada por un malón dirigido por el mismo Baigorria. Gracias a la

presencia de la nueva protagonista, la recreación de las *Memorias* revela también la historia familiar de la autora: el exilio de sus padres españoles en Argentina y la doble identidad de ella misma como “bruxa galega e rioplatense”. Así, el motivo central de la novela, con el cuestionamiento de la dicotomía “civilización”-“barbarie”, se logra a través de dos enfoques temáticos: el tratamiento del viaje entre diferentes fronteras geográficas de los “expatriados” y la reivindicación del espacio histórico de la mujer en el siglo XIX, con la reflexión sobre su valor tanto en el mundo “civilizado” como el “bárbaro”.

De hecho, además de en las *Memorias* de Baigorria, la novela se basa en tres textos “testimoniales” de escritores cristianos sobre el mundo ranquel. El primero es *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) de Lucio V. Mansilla, que provee a Lojo de importantes datos para la reconstrucción literaria de la comunidad indígena (las características de los toldos, la composición étnico-cultural de las toldeñas y la vida de las indias y cautivas). El segundo, titulado *Usos y costumbres de los indios de la pampa* (2000), y el tercero, *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño* (2004), constituyen fuentes referenciales de Santiago Avendaño –un cautivo entre los ranqueles durante siete años– sobre hechos importantes de la historia de la población nativa en Tierra Adentro. Además, como este escritor conoció personalmente a Baigorria, encontramos en sus trabajos “transcripciones” de las palabras del cacique blanco, que revelan detalles fundamentales para Lojo en su construcción de la faceta “silenciada” en las *Memorias*.

2. VIAJE Y MULTICULTURALIDAD EN LA CREACIÓN DE *FINISTERRE*

Finisterre recrea un espacio de múltiples intercambios y transformaciones, que retrata el multiculturalismo fundacional de la Argentina en el siglo XIX. En esta obra desfilan dos generaciones de viajeros “extranjeros”, que viven entre la libertad y el cautiverio a través de sus periplos por la frontera.

Los personajes de la primera generación son inmigrantes europeos que en 1832 –el último año bajo el primer régimen de Juan Manuel de Rosas– viajan por Sudamérica en busca de mejor fortuna y que, debido a las desgracias sufridas durante su travesía por Tierra Adentro, mantienen una experiencia directa con el mundo indígena. Así, se habla del pasaje de una carreta que parte de Buenos Aires hasta su destino final en Santiago de Chile. Tras la salida de la ciudad de Rosario, la caravana se encuentra con un malón de ranqueles dirigido por Baigorria, en el que asesinan a la mayoría de los pasajeros

y capturan a tres viajeros europeos que, después, encuentran diferentes destinos en la toltería de este cacique blanco.

La primera es la protagonista principal de la obra, Rosalind Kildare Neira. Esta inmigrante gallega de padre irlandés acompaña a su marido Tomás Farrell, asimismo de doble origen, desde Santiago de Compostela hasta la provincia argentina de Córdoba para ocupar un puesto de médico, y se encuentra con el ataque indígena que resulta en su “encarcelamiento” en la cultura del “otro”.

El nombre de la protagonista –que refleja un trabajo intertextual de Lojo con el personaje homónimo de *As You Like It* de William Shakespeare– revela un carácter que le permite una experiencia distinta a la de otras cautivas de los indígenas. Por un lado, el personaje lojiano tiene facilidad para aclimatarse a un espacio “forastero” tal como su modelo, que “se halla tan cómoda en traje de caballero como en su propia vestidura de doncella, tan a gusto en los bosques y el destierro, como en los splendores de la corte” (Lojo 2005, 23). Por otro, está dotada de un poder sobrenatural al igual que el personaje shakesperiano, detallado en un epígrafe extraído de la obra británica: “Créeme entonces, si te place, / que puedo hacer cosas extrañas. / Desde los tres años tengo trato con un mago / el más profundo en su arte, / y aun así, no condenable” (Lojo 2005, 201). Así, en el “encierro en la pampa abierta” (Lojo 2005, 89), la protagonista encuentra su refugio en la religión mapuche. Gracias a su aprendizaje de la ciencia chamánica de los ranqueles, se convierte en *machi* o “médica” de la comunidad.

La construcción de Rosalind revela tres puntos importantes. Primero, no es fruto de la pura imaginación de Lojo sino que, según Malva E. Filer, está basada en un hecho real que despertó el interés de la autora (122). Se trata de la vida de Bibiana García, hija de un pulpero gallego capturada por los ranqueles desde su niñez y que, gracias a su don especial y sus estudios con los maestros, se convirtió en una chamán muy respetada y con gran influencia en la comunidad del cacique Catriel.

Segundo, la figura de Rosalind encierra la historia de dos “cautivos” que, con el aprendizaje de la tierra “ajena”, consiguen una posición de “poder” en las comunidades ranqueles: Baigorria y la misma protagonista, ambos ficcionalizados a base de datos autobiográficos correspondientes a Lojo. Según ésta, Baigorria

encarna todos los exilios, los desgarramientos, la transculturación y esto fue parte de la experiencia de mi padre. Mi padre salió de la España fran-

quista y se vino a Argentina para buscar otra vida, pero al mismo tiempo nunca logró desprenderse de su Galicia natal, de la nostalgia por lo que había dejado. Nunca volvió. (Rodón)

Al mismo tiempo, “el desdoblamiento de Rosalind es también de algún modo, el que yo misma sufrí: la protagonista inmigrante durante el período de las guerras civiles y de las guerras de frontera argentinas no es otra cosa sino la transformación literaria de la ‘exiliada hija’ por la guerra civil española” (Lojo 2006, 153).

Así, apunta la protagonista, “Baigorria y yo [...] teníamos prohibidas las mismas felicidades” (Lojo 2005, 92). Ante la imposibilidad de volver a la tierra natal, San Luis en el primer caso y Galicia en el segundo, estos dos “exiliados” en la Pampa Central están atrapados “en el lugar que no existe, en el espacio imposible que se abre entre dos mundos y donde quedan presos los que ya no pertenecen ni al uno ni al otro y pertenecen no obstante a los dos, al mismo tiempo” (Lojo 2006, 152).

En *Finisterre*, la voz de Rosalind –como la *machi* de la toldería de Trenel que también tiene la misión de acompañar a Baigorria por Tierra Adentro y, después, por la “afuera”– refleja los aspectos más importantes de la vida de este unitario refugiado entre los ranqueles. Por un lado, conocemos –a través del pensamiento del coronel transmitido por las palabras de la protagonista o por los diálogos entre ellos– tanto la misión política –reconstruida a base de los acontecimientos descritos en *Memorias*– como la vida personal de Baigorria, desarrollada a partir de temas ya trabajados por Lojo en su primer borrador. Por otro se narran, desde la visión del “testigo” y “participante” femenino, los hechos más importantes de la historia de la tribu: la época esplendorosa del gran cacique Llanquetruz y las dinastías de sus hijos Painé y Pichún; las expediciones de las tropas nacionales, especialmente la Campaña del Desierto de Rosas entre 1833 y 1834; la cacería de “brujas” en el funeral del cacique Painé; la matanza de los indígenas del Sauce; y, finalmente, el surgimiento de la Confederación de las Salinas Grandes propiciada por Calfucurá, el cacique más poderoso en la historia de la población nativa de Argentina.

Tercero, la adscripción múltiple de Rosalind revela, según Lojo, la lucha desde la “periferia” de los “pueblos resistentes” –el gallego, el irlandés y el indígena– por mantener la “diferencia” frente a su “centro” –Castilla, Inglaterra y el gobierno criollo de Argentina– (Lojo 2007, 1). Así, la cuestión de “civilización” y “barbarie” en *Finisterre* no se limita solamente al espacio

pampeano sino que se extiende hacia espacios europeos donde, en el siglo XIX, los conflictos étnico-culturales se encontraban asimismo plenamente vigentes.

Rosalind comparte su cautiverio con otros dos pasajeros de la misma carreta, quienes acaban en Santiago de Chile. El primero es el comerciante inglés Oliver Armstrong. A diferencia de la protagonista, que luego se convierte en su amante, éste no aprende la cultura y la lengua propias del mundo indígena para integrarse en la nueva tierra sino para poder utilizarlas después en su propio interés. Por eso, accede “a construir lanzas, a trenzar tientos y maneadas, a montar y a domar caballos a la manera india” (Lojo 2005, 90), e incluso a conocer las rutas naturales por Tierra Adentro. Así, durante la Campaña del Desierto de Rosas –por la que toda la población ranquel tiene que escapar en diferentes direcciones–, Armstrong aprovecha para fugarse solo y logra volver a Inglaterra, dejando a Rosalind abandonada a su suerte. Esta huida de Armstrong corresponde a la documentada de Avendaño, que también robó los caballos de la tribu y dejó atrás a una amiga homónima a la protagonista de la novela. Tal como comenta su amigo indio Nahuelmañ al enterarse de su plan: “¿Con que nos dejas, entonces, *chezcuí*, y te olvidas de tu pobre compañera del cautiverio, Rosa?” (Avendaño 199).

La caracterización de este personaje desvela la crítica de Lojo al neocolonialismo británico en el Río de la Plata del siglo XIX. Varios años después de su partida, Armstrong vuelve a Argentina por razones comerciales. Durante los últimos años del rosismo, realiza sus “excelentes negocios [...] entre bloqueo y bloqueo de las potencias de Europa” (Lojo 2005, 144). Y, tras Caseros, sigue acumulando riqueza a través del tráfico de armas y de la compra-venta de “ganado y mercancías robadas en las estancias y las villas”, gracias a las estrategias anteriormente aprendidas en el mundo nativo: pacta con Calfucurá y se casa con Ignacia o Garza Que Vuela Sola, una joven sobrina del cacique Pedernal Colorado, alianza con el gran cacique mapuche que le permite incorporarse a la familia real indígena (Lojo 2005, 144). Tras el fallecimiento de su esposa, éste, junto con su única hija Elizabeth, vuelve definitivamente a Inglaterra. Y, como, según él, “las niñas pertenecen a sus padres” (Lojo 2005, 30-31), allí asume la autoridad paternal para “aculturar” a su hija: borra su origen “bárbaro” y la educa según la tradición “civilizada”, como una señorita inglesa de buena familia.

La segunda pasajera que sufre el mismo “encarcelamiento” que Rosalind es también española: Ana de Cáceres, actriz madrileña de teatro y, posteriormente, esposa de Baigorria. A diferencia de Rosalind y Armstrong, Ana se

niega a adaptarse a la vida en la comunidad ranquelina. Este personaje revela su carácter “soñador” desde el comienzo del periplo a Tierra Adentro. En los fogones elige, para entretener a sus compañeros de viaje, interpretar a “Rosaura”, personaje de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca. Así, ante su cruel destino en el desierto, la madrileña decide refugiarse en “la ambivalencia del ‘teatro del mundo’, donde su representación se prolonga hasta su muerte” (Cincunegui/Guidotti 218).

Los personajes de la segunda generación, por su parte, se relacionan intrínsecamente con los itinerarios interraciales y multiculturales de los de la primera generación. Se trata de dos jóvenes nacidos en la frontera del Río de la Plata y “abandonados” por sus madres argentinas, por lo que crecen bajo el “amparo” de sus padres en Inglaterra. La primera es Elizabeth, hija del inglés Armstrong y la india Garza Que Vuela Sola, quien, hasta su mayoría de edad, vive en una casona en Londres bajo la “protección” autoritaria de su padre.

El segundo es Frederick Barrymore, “supuesto” enamorado de Elizabeth. Es hijo de Haroldo Barrymore, naturalista-aventurero inglés que viaja por el Río de la Plata con la expedición de Darwin, y una mujer casada de una familia prestigiosa de Córdoba, cuyo esposo se ausenta a Bolivia durante La Liga del Norte, el movimiento anti-rosista de los gobiernos del interior en los años cuarenta. Con la vuelta de éste, la cordobesa se ve obligada a dejar la relación y el británico se lleva al niño. Frederick hereda tanto la tradición comerciante de su familia como el espíritu viajero de su padre. Frecuenta los periplos mercantiles por Marsella, Vigo, Hamburgo, Benarés, Calcuta, Gibraltar, New Orleans y San Francisco.

En Gran Bretaña, también hallamos cuatro personajes secundarios – dos ingleses y dos argentinos– que sustentan el desarrollo de la obra. El grupo británico se encuentra estrechamente relacionado con Elizabeth. Por un lado, Lojo imagina a Óscar Wilde, el prodigioso poeta que sufre “cautiverio” en su “civilizado” país por su conducta sexual contraria a la “moral” victoriana como amigo íntimo y “asesor” de la joven protagonista. Por otro, la autora inventa el personaje de Audrey Armstrong, tía de Elizabeth y viuda adinerada que, al contrario de Wilde, representa la liberación del “corsé” decimonónico, cruzando exitosamente todos los límites familiares, sociales y geográficos: “frecuenta *pubs* y toda clase de personas, viaja al continente europeo en cualquier momento y se permite distraer a su sobrina hasta altas horas de la noche” (Molina 199). Así, es el único personaje de la obra que viaja por turismo.

El grupo argentino está compuesto por Juan Manuel de Rosas y su hija Manuelita, exiliados en Inglaterra desde la derrota de Caseros en 1852, hecho que establece un vínculo argumental entre esta novela y *La princesa federal*. Estos dos personajes sufren el “encarcelamiento” en la isla británica. Mientras Rosas “mandó talar todos los árboles que había en la granja del Burgess” para convertirlo en su “perdida” pampa, Manuelita relata –desde su caserón en Belsize Park– que “como cautiva estoy yo en esta salita, entre cuatro sillones y un piano. Si no fuera por mi marido y mis hijos...” (Lojo 2005, 67). En *Finisterre* encontramos una analogía fundamental en la construcción de las dos protagonistas, pues tanto Manuela como Elizabeth son “cautivas” bajo el poder dictatorial del padre. Gracias a Barrymore, Elizabeth logra conocer a Manuelita y, así, aprende sobre su “olvidado” país natal a través de los recuerdos de la anciana Primera Dama argentina que, al igual que en *La princesa federal*, defiende el gobierno de su progenitor. Además, La Niña ayuda a la “inglesa” a preparar su “vuelta” a Argentina en compañía de su enamorado, plan que se hace realidad al final de la novela.

Finisterre, donde se encuentran estos “viajeros” de diferentes orígenes, se presenta como un espacio plurilingüe. Los personajes que transitan tanto el mundo “civilizado” como el “bárbaro” utilizan distintos nombres, correspondientes al lugar donde se encuentran. Así, Rosalind o Rosa en la zona cristiana es Pregunta Siempre en la indígena; Oliver Armstrong es Flamenco Amarillo; Manuel Baigorria es el Cóndor Chico; Ignacia es Garza Que Vuela Sola; y Elizabeth es Aluminé o la Resplandeciente. Al mismo tiempo, ellos también tienen que aprender y manejar varias lenguas para adaptarse a las nuevas tierras. De hecho, Rosalind habla cuatro idiomas –castellano, gallego, inglés y ranquel–; Baigorria dos –castellano y ranquel–; Armstrong tres –inglés, español y ranquel–; y Elizabeth dos –inglés y español, del que comienza a tomar clases para acercarse a su pasado rioplatense– (Lojo 2006, 149).

También, se adjuntan como epígrafes fragmentos de obras literarias de importantes autores procedentes de los diferentes ámbitos tratados –Pedro Calderón de la Barca, Rosalía de Castro, William Shakespeare y Óscar Wilde–, presentados en las lenguas originales junto a sus traducciones al castellano. Además, la autora “traslada” al español los bellos o curiosos nombres mapuches, que revelan la relación sutil y poderosa existente entre los linajes de la naturaleza (mineral, animal o vegetal) y el origen de las familias o las características singulares de las personas nombradas: Calfucurá o Piedra Azul, Coliqueo o Pedernal Colorado, Meli Guor o Cuatro Zorros y Painé Güor

o Zorro Celeste (Lojo 2006, 152). Al mismo tiempo, se transcriben textualmente frases y giros provenientes de las diversas lenguas del “otro”. Así ocurre con la gallega y, en la mayoría de los casos, con la mapuche, recurso destinado a una proximidad “carnal” con el mundo indígena tratado en la obra. La autora toma este modelo “bilingüe” de los textos de Avendaño, cuya introducción de términos nativos confiere “color” a la narración y traspone un “estilo” al protocolo del mismo género discursivo en castellano, de tal manera que el efecto exótico y distanciador se reduce (Lojo 2006, 146).

3. LA REIVINDICACIÓN DEL ESPACIO FEMENINO DESDE LA “PERIFERIA”

Finisterre se presenta como una novela epistolar, uno de los “géneros” secundarios en el canon literario, que se permitía escribir a la mujer del siglo XIX para confesar sin alharacas su historia “secreta” (Sáenz de Tejada 142). El argumento principal de la novela se encuentra en las cartas escritas por Rosalind en Finisterre, lugar que da el título a la obra, para relatar su experiencia en la pampa argentina a la joven Elizabeth Armstrong, que reside en Londres. Así, la obra se estructura a partir de la alternancia de dos experiencias: la pasada de Rosalind, desarrollada desde 1832 hasta 1865 –“un largo relato fragmentado pero continuo” que llega en sucesivas entregas, cada vez “más despojadas, sin circunloquios, casi sin encabezamientos” (Lojo 2005, 48)– y la actual de Elizabeth, ubicada entre 1874 y 1875.

Las cartas de Rosalind reivindican el espacio de las mujeres en las páginas de la historia, presentando a una cautiva extranjera. Desde esta mirada “periférica”, se reconstruye la Argentina del siglo XIX, dominada por las figuras masculinas y la violencia política arraigada en enfrentamientos entre los conceptos de “civilización” y “barbarie”, de lo que dan fe las guerras de frontera entre cristianos e indígenas y las luchas civiles entre federales y unitarios (Olmedo 12).

La creación de Rosalind juega tanto con la versión “real” como con la literaria de la figura de la cautiva, víctima “ignorada” en la relación interétnica y, así, mejor prueba “silenciosa” del gran conflicto existente de la dicotomía sarmientina y de la relación desigual entre géneros en el siglo XIX. Por un lado, Lojo recupera la historia y la voz de las mujeres en cautiverio, consideradas “amenazantes” para el plan de fundación de una nación discursivamente “blanca” a causa de su convivencia con la “barbarie” y su contribución al mestizaje “al revés”. Así, por manipulación política de la época o por una cuestión

de “deshonra” y “vergüenza”, “se escucha poco o nada (de las mismas) porque no hay datos de primera mano, no hay narraciones contadas por ellas, sin intermediarios” (Luesakul 5). Según la autora, la vida de Rosalind está construida “desde ese gran espacio oscuro de todo lo no dicho” y, así, su “peculiar correspondencia [...] va conformando un género inexistente: la carta o relato ‘de cautiva’” (Lojo 2006, 148).

Por otro lado, la protagonista irlandesa-gallega invierte la tradicional visión de la cautiva blanca con función política-alegórica basada en la idea de “civilización” y “barbarie”, inaugurada con la “Lucía Miranda” de *La Argentina manuscrita* (1612), obra de Ruy Díaz de Guzmán que logró formar parte de la memoria colectiva junto con “María” de *La cautiva* (1837) de Esteban Echeverría. Rosalind no es una mujer sublime que represente la superioridad de la “civilización” criolla frente a la “barbarie” indígena, sino una inmigrante procedente de la Europa “periférica” que viaja por el desierto argentino y, a partir de sus comparaciones, revela el lado “civilizado” de la cultura nativa.

La escena principal de *Finisterre* se ubica en la cultura ranquelina, donde el sexo femenino se encuentra en una posición “marginal”. Por una parte, las indias aunque pueden disfrutar de cierta libertad sexual, son consideradas “propiedades” de los hombres –asignadas exclusivamente al espacio doméstico y con el papel de reproductora de nuevas generaciones– y, así, se revelan como objetos de cotización o de relaciones políticas entre ellos gracias al “contrato matrimonial” (Altube 108). Por otra, las cautivas se enfrentan a un destino parecido, pero se encuentran en una peor condición por su posición de “apetecibles botines de guerra”, lo que determina su “función” dentro y fuera de las tolderías. En primer lugar, son opciones “maritales” para los indios incapaces de pagar el “precio de la novia”; asimismo, complacen el gusto de los nativos por las mujeres blancas lo que las lleva, al mismo tiempo, a competir con las demás mujeres (Altube 103). En segundo lugar, se revelan como objeto de negociación política y comercial entre las diferentes tribus y el mundo cristiano, lo que, muchas veces, da lugar a que sirvan de “justificación” de las acciones bélicas de la banda “civilizada” contra la “bárbara”, interesada la primera en recuperar sus “propiedades robadas”.

A pesar de esta situación subordinada, existe una posibilidad excepcional por la que tanto indias como cautivas pueden acceder a la posición de “centro” en las comunidades. En la religión ranquel se destaca una estrecha conexión entre el elemento femenino y lo divino (Montecino/Conejeros 22). Sus líderes espirituales, los *machis* –que poseen sabiduría sobrenatural para

ejercer la medicina a través de la comunicación con los dioses o del “privilegiado diálogo” con las plantas medicinales— son, en general, mujeres. Si es un papel ejercido por hombres, éstos tendrán el carácter afeminado: “Debían comportarse y ataviarse como mujeres” y también se ocupaban de las tareas domésticas, lo que desde el punto de vista de la “civilización” europea desde la época colonial era considerado una “degradación” y absolutamente censurable según todos los códigos morales y religiosos (Di Liscia 64-71).

En este terreno difuso entre el “centro” y la “periferia” en el mundo ranquel, permanece Rosalind durante tres décadas. Como el papel de esposa y madre era muy importante entre las cautivas para mantener su estatus en las *tolderías*, la protagonista se encontraría en una pésima situación: ha perdido ya toda oportunidad de ser una mujer “completa” por culpa de un malón dirigido por Baigorria, lo que le ha quitado a su esposo, al hijo que esperaban y la posibilidad de disfrutar la maternidad, hecho que representaría “la plenitud de lo femenino” (Mizrahi 128). Así lo apunta Mira Más Lejos, el *machi* de la *toldería* de Trenel que le salva la vida y única voz indígena de la obra:

Pero nunca llegarás a ser una esposa, porque la desgracia te ha dejado estéril. Cuando comprueben que no puedes concebir, tu dueño se cansará de ti y terminarás como sirvienta de la mujer principal de un *lonko*, o de una viuda rica, si te acompaña la suerte, después de que las otras esposas y cautivas te hayan maltratado a su gusto, porque ningún hijo de tu vientre podrá defenderte ni justificarte ante su señor. (Lojo 2005, 53)

Sin embargo, a pesar de todas estas desgracias, Rosalind consigue reinstalarse en el grupo gracias al prestigio de los *machis* en esta cultura. Después de recuperarse gracias a la curación de Mira Más Lejos, la protagonista es invitada por éste —que encuentra el maletín de aparatos médicos del finado Tomás Ferrell y presume equivocadamente la labor de la gallega en su tierra natal— a trabajar con él como ayudante. Así, goza de cierto privilegio como “médica”, una profesión imposible para las mujeres en la “civilizada” España en aquella época.

Paralelamente al tratamiento de la polémica “civilización” y “barbarie” en el espacio de los ranqueles a través del caso de Rosalind, descubrimos la condición “impertinente” de Mira Más Lejos, de acuerdo a su homosexualidad. De hecho, resulta significativa la aparición en *Finisterre* de dos “brujos”: Mira Más Lejos y Óscar Wilde, quien, según Lojo, “a su manera, es un chamán, un ser dotado del poder sagrado de la palabra. Se conecta con otro

mundo como lo hace un chamán con la esfera mágico-religiosa” (Luesakul 6). Ambos, mentores de las dos protagonistas –Rosalind y Elizabeth, respectivamente– encarnan una diferente “conducta moral” en dos mundos antagónicos. Mientras Mira Más Lejos –un “repugnante invertido” para Armstrong– puede disfrutar su libertad sexual de la misma manera que las mujeres solteras en las *tolderías*, Wilde se encuentra criminalizado por la norma “civilizadora” de su tierra. Como explica la autora:

El mundo civilizado de Óscar Wilde censuraba y castigaba la homosexualidad como un delito mientras que el de los ranqueles no lo hacía. [...] En una cultura supuestamente mejor, Óscar Wilde no puede vivir siendo como es, mientras que el otro chamán en la cultura ranquelina puede vivir como quiere. (Luesakul 6)

El título “Finisterre” de la novela revela, por otra parte, dos hechos históricos fundamentales para su desarrollo. Primero destaca la historia del “Finisterre” en español. Así, “Finis Terrae” en latín, o “Fisterra” en gallego, significa el “Fin de la Tierra”. Aquí llegó, un siglo antes de la era cristiana, el capitán romano Decio Junio, que no se atrevió emprender el viaje más allá, creyendo que era “la última avanzada terrestre sobre los mares del abismo” (Lojo 2007, 2).

El eje constructivo de la obra se halla en el sentido simbólico de este punto geográfico que, según Lojo, es “un lugar que siempre ensoñé, desde niña, fascinada por el nombre y por todo lo que evocaba [...], y que recién conocí en 1995” (Sauter 142-43). De este modo, el “Fin de la Tierra” equivale también al “umbral” (Luesakul 7). Para Lojo, “no es posible tener conocimiento de lo propio sin haber visto lo otro: la totalidad, la comunidad de los seres humanos, en lo que éstos comparten y en lo que difieren” (Lojo 2006, 156). Así, por el desplazamiento al otro “Fin de la Tierra”, “los individuos de pueblos diferentes se reconocen entre sí, unos a otros, como variantes igualmente legítimas de la especie humana” y, al mismo tiempo, “se redescubren también como seres capaces de múltiples y nuevas pertenencias” (Lojo 2007, 2). Esta idea se desarrolla entre dos “finisterres” en este texto, que “se reflejan y se miran entre sí”: la pampa argentina y el cabo gallego, en los que la identidad de la protagonista Rosalind “se vuelve un proceso constructivo y reconstructivo” (Lojo 2007, 2).

Por otra parte, en la novela se metaforiza –a través de la figura de Oliver Armstrong– la intervención del imperio británico en el Río de la Plata. Así,

pues, la alusión a “Finisterre” evoca la competencia de dos potencias europeas dos siglos atrás: la Armada Invencible española, con la misión –entre otras– de acabar con los ataques británicos contra las posesiones españolas en el Nuevo Mundo, y las fuerzas isabelinas. Tras su fracaso y descabamiento en 1588, la flota superviviente “vuelve” a la tierra “materna”, arribando por el “cabo más extremo de Occidente” (Poulson 228). Así, en *Finisterre*, el viaje en busca del “lugar” propio de la protagonista no es solo de “ida” a la tierra “extranjera”, sino también de “vuelta” a su lugar de origen para reafirmar su identidad, arraigada en la figura de la madre.

Para Rosalind, el periplo desde la Galicia española hasta el desierto argentino y el cautiverio en la “otra” cultura marcan su proceso del autococonocimiento y revelan, de manera indeleble, su doble pertenencia cultural. Convertida en una *machi* de la comunidad ranquel, la protagonista practica una “ciencia” que encuentra equivalencia en su tierra natal. Como Lojo explica:

Hay, ciertamente, algunas afinidades notorias: el fondo mágico, precristiano, de la Galicia rural, de donde emergen las *meigas*, tan parecidas a las *machis*, que curan con hierbas y palabras mágicas, y que pueden transformarse peligrosamente en *bruxas*. La permeabilidad del mundo natural y del sobrenatural, la unidad secreta de ambos que impregna todo lo cotidiano. La vinculación apasionada y perdurable con una tierra que es en sí sagrada, de tal manera que todos los gallegos tienen, en alguna parte, un alma vegetal, húmeda y densa. (Lojo 2007, 4)

A pesar de esta “peculiar” situación de Rosalind frente a la suerte de las cautivas, en su vida encontramos también fases “comunes” con otras mujeres blancas. Tras nueve años del abandono de Armstrong, la protagonista recibe el ofrecimiento del rescate “de esclavitud y pesadumbre” (Lojo 2005, 138) por éste, convertido ya en un comerciante exitoso en el Río de la Plata. La carta del británico remite a un modelo realmente existente. Ante la pasada “traición” del remitente y la “formalidad” de la escuela, Rosalind rechaza la propuesta. Esta decisión sigue la senda de abundantes casos de cautivas, que durante mucho tiempo fueron “olvidadas” por su gente y se convirtieron en indias, con su “lugar” en la zona “bárbara”. En el caso de la protagonista, ya ha sido nombrada la “heredera” de Mira Más Lejos. Si otras mujeres eligen quedarse en las *tolderías* por una cuestión familiar, especialmente por sus hi-

jos mestizos, la protagonista respalda su opción por la compañía del *machi*, con quien mantiene una larga relación fraternal.

Sin embargo, aunque Rosalind ya ha encontrado su “espacio” en la pampa argentina, decide regresar a España cuando ya está “libre” de su “encarcelamiento”. Tras el derrocamiento de Rosas, ella y Mira Más Lejos se desplazan hacia la zona cristiana para acompañar a Baigorria, que vuelve a su carrera militar y se encarga de mediar entre indios y cristianos en el fortín de Tres de Febrero. Allí, los dos *machis* conocen la amenaza destructora de la pronta llegada de la “civilización”, por lo que Mira Más Lejos, para conservar su esencia indígena, opta por el “retorno” a la zona de los huiliches, la tierra de su madre de quien heredó la profesión chamánica. Esta decisión determina la vuelta a Galicia de Rosalind, lo que supone, a su vez, la separación definitiva de los dos. Su llegada, en 1865, tras un exilio de treinta y tres años en la pampa argentina, coincide con el primer movimiento del nacionalismo gallego, fundado por un grupo de intelectuales y poetas locales como Martínez Murguía, Eduardo Pondal o Rosalía de Castro (Lojo 2007, 3). Así lo relata la protagonista:

Pisé Galicia casi junto con los *Cantares Gallegos*, de Rosalía de Castro, el primer libro impreso por entero en la lengua que se hablaba en la aldea y en la plaza, pero no en las aulas, y que nunca llegaba a la letra de las leyes y de las artes, ni al púlpito de la prensa. Galicia, la humillada, ha vuelto en estos años a pensarse a sí misma, a escribirse a sí misma. (Lojo 2005, 178-79)

Además, en esta parte de la obra, apreciamos la descripción literaria del paisaje de Galicia, que muestra una conexión espiritual de Rosalind con la tierra de su madre María Josefa, y también el vínculo íntimo existente entre *Finisterre* y el poemario *Esperan la mañana verde* (1998), el mejor ejemplo de una relación intratextual entre la producción literaria en dos “géneros” de Lojo.²

Al final de la obra, Rosalind deja “las campanas de la Torre del Reloj, y el bullicio profano de las tabernas colmadas de estudiantes” en Santiago de Compostela para retirarse a un “pueblito de pescadores” llamado “Finisterre”, el único lugar donde le resulta posible “escucharme a mí misma” (Lojo 2005, 180). En su cabo ante el mar, “redondo como la pampa, igual a sí mismo al Sur y al Norte, al Este y al Oeste” (Lojo 2005, 168), la protagonista reflexiona

sobre su experiencia en los dos “Fines de la Tierra”, la tierra propia en Galicia y la “otra” tierra en Argentina. Allí, declara su imborrable doble identidad:

Y cuando estoy de pie, sobre el acantilado, bajo el faro del fin de la tierra, con las ropas transidas por la lluvia inversa de las olas, soy Rosa, la hija de María Josefa y del irlandés, y soy Pregunta Siempre, la que volvió de la llanura como quien vuelve de la muerte. Sin embargo soy dos. Soy las dos. Y ellos son otros, en la misma tierra. (Lojo 2005, 181)

En este lugar, la gallega también empieza a “desgranar el relato de los días que pasaron como si fuese otra la que pudo vivirlos” (Lojo 2005, 180), tanto para preservarlo del olvido como para reconstruirlo en cartas para la joven Elizabeth (Crespo Buiturón 203) –que habita en una “isla” aislada de su tierra natal y su pasado (Molina 198)– con el fin de revelar su “borrada” identidad.

Por su parte, Elizabeth, tras la muerte de Garza Que Vuela Sola, se encuentra bajo la “custodia” de varias figuras maternas. Sin embargo, ninguna de ellas puede reemplazar a la madre fallecida, clave del enigma de su vida. La protagonista sólo tiene dos testimonios de su “olvidado” origen: su piel “dos o tres tonos más morena que las habituales pieles inglesas” (Lojo 2005, 31), y un daguerrotipo de la señora Ignacia con “cara excesivamente joven y morena” y en vestido de novia, cosa que a la joven “le era tan ajena como podía serlo algún retrato exótico comprado en un bazar del Oriente” (Lojo 2005, 14). En 1874, con 19 años, le llega la tercera prueba: las cartas de Rosalind, que le inspiran a iniciar, tras cumplir la mayoría de edad, “su propio camino de Finisterre hasta alcanzar los bordes del mundo seguro y acotado que conocía” (Lojo 2005, 11). En esta novela encontramos, pues, la inversión del modelo occidental del patriarcado y del mito de la búsqueda de la identidad humana a través del viaje edípico. Para Elizabeth, las raíces se asocian con lo “otro”: la “olvidada” madre biológica y el país donde ha nacido. Así, decide emprender un periplo de “regreso”. Para la protagonista, es imprescindible cruzar el “desconocido” Atlántico para volver a su tierra “madre”: “Necesito irme para saber quién soy. [...] Mi padre me lo ocultó siempre, y no quiso que yo creciera en el Río de la Plata, ni que conociese a mi familia materna” (Lojo 2005, 154).

Finisterre se ubica, además, dentro de una extensa red tanto intratextual –en relación con otras obras lojianas que tratan de la historia de las mujeres en las tolderías ranquelinas– como intertextual –en relación con la nueva no-

vela histórica argentina en el siglo XX y el XXI. Por un lado, podemos encontrar conexiones entre esta novela con dos cuentos incluidos en el volumen *Amores insólitos de nuestra historia* (2001), de la propia autora: “Los amores de Juan Cuello o las ventajas de ser viudas”, una recreación humorística de la novela *Juan Cuello* (1880) de Eduardo Gutiérrez (Lojo 2001, 165-189), y “Otra historia del guerrero y la cautiva”, contraescritura del relato “Historia del guerrero y de la cautiva” de Borges (Lojo 2001, 215-245). Por otro lado, *Finisterre* se relaciona claramente con otras novelas históricas argentinas de la misma temática: *Ema, la cautiva* (1981) de César Aira; *El entenado* (1982) de Juan José Saer; *La liebre* (1991), también de Aira; *Como vivido cien veces* (1995) de Cristina Bajo; *La Tierra del Fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre y *Los que llegamos más lejos* (2002) de Leopoldo Brizuela.

En conclusión, *Finisterre* trabaja con la imaginación literaria del silencio –el lado secreto de las *Memorias* de Manuel Baigorria y la figura de la cautiva– en busca de la faceta “oculta” y, así, “verdadera” de la fundación de Argentina. Basado en el juego reivindicativo de la femineidad en la historia la obra se presenta, pues, como una biografía novelada de Rosalind Kildare Neira –madre frustrada– y Elizabeth –hija “huérfana”–, quienes recorren los tres “finisterres”: Inglaterra, España y Argentina.

Ambas se encuentran marginadas por el ejercicio del poder de los hombres y vinculadas íntimamente con el mundo indígena. La primera viaja por distintas zonas “periféricas” del hemisferio occidental para convertirse en una cautiva de Baigorria, militar refugiado en el margen de la sociedad nacional. La segunda se revela como una mestiza que, poco a poco, va recuperando su origen “bárbaro”, gracias al contacto con dos mujeres que cuentan con experiencia directa de su “olvidada” tierra natal: así, el contacto epistolar con Rosalind le revela el pasado argentino desde la perspectiva de “abajo”, mientras la conversación con la “princesa” Manuela Rosas le descubre la versión de “arriba”. Desde sus posiciones excéntricas como inmigrantes, cautivas y extranjeras, las dos protagonistas reflejan “otra” visión sobre el espacio tradicionalmente dominado por los varones ilustrados del siglo XIX: Argentina no se presenta así como una nación “blanca”, sino construida a partir de la “negada” diversidad racial y cultural.

Notas

1. La vida de Baigorria representa una gran paradoja, pues un militar opta por convivir con la “barbarie”, calificada por su partido “civilizado” como un “problema” de la nación. Durante su estancia en la Pampa Central, este coronel asumió el liderazgo de la tribu como un cacique de la toldería de Trenel, desde donde participó tanto en las guerras de frontera, dirigiendo innumerables malones contra la sociedad blanca en la zona fronteriza, como en las luchas civiles, apoyando al bando unitario con las lanzas indígenas que tenía en su poder. Con el derrocamiento de Rosas en 1852, volvió al mundo cristiano, donde ayudó a los gobiernos a llevar a cabo represalias contra sus “hermanos”, que lo habían acogido durante dos décadas, acusándolos de “violar” los tratados de paz. A final de su carrera militar en la frontera, se convirtió en informante sobre Leubucó, la capital del imperio ranquel, para Julio Argentino Roca, que a partir de 1878 dirigió la Conquista del Desierto para destruir totalmente a sus antiguos “amigos” (Baigorria 245).
2. De hecho, encontramos concomitancias claras con algunos textos del libro publicado anteriormente a *Finisterre*. Así ocurre con la mujer que “recibe un sobre donde están escritas las órdenes del sueño” y que realiza su “viaje” hacia la casa de piedra donde se encuentra “la memoria de otra mujer” (“Órdenes”) (Lojo 2008, 38); la conexión onírica entre la llanura argentina y “la casa de piedra en el margen de la montaña” en “Nómades” (Lojo 2008, 72); la descripción simbólica de “la costa más extrema de Occidente” en “Fisterra, a.c. 84” (Lojo 2008, 84); y la poetización de la ruta hacia las laderas de Barbanza en busca de la figura materna en “Sempre en Galiza” (Lojo 2008, 82), introducida, con ligeras modificaciones, en la novela que comentamos.

Obras citadas

Altube, María Inés. “Mujeres en ‘tierra adentro’: las cautivas en las sociedades indígenas de la región pampeana y norpatagónica (siglos XVIII y XIX)”. *Historia y género: seis estudios sobre la condición femenina*. Eds. Daniel Villar, María Herminia Di Liscia y María Jorgelina Caviglia. Buenos Aires: Bibles. 1999. 89-120.

- Avendaño, Santiago. *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño (1834-1874): recopilación de P. Meinrado Hux*. Buenos Aires: El Elefante Blanco. 2004.
- Baigorria, Manuel. *Memorias*. Ed. P. Meinrado Hux. Buenos Aires: El Elefante Blanco. 2006.
- Carrión, Mara. “María Rosa Lojo: resistir, persistir, sobrevivir”. *Álgebra y Fuego: revista de Literatura, Artes y Humanidades* 1.3 (2004): 6-7.
- Cincunegui, María Elena, y Marina Guidotti. “Las rosas de los vientos, mundos cardinales en la búsqueda de la identidad en *Finisterre* de María Rosa Lojo”. *La reunión de lejanías*. Eds. Juana A. Arancibia, Malva E. Filer y Rosa Tezanos-Pinto. Buenos Aires: Instituto literario y cultural hispánico. 2007. 217-25.
- Crespo Buiturón, Marcela Gladys. *Andar por los bordes, entre la Historia y la Ficción: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*. Tesis Doctoral. Universidad de Lleida. 8 de diciembre de 2009. <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01593852768921836350035/032076.pdf>>.
- Di Liscia, María Silvia. “Medicina, religión y género en la relación entre indígenas y blancos: región pampeana y norpatagónica, siglos XVIII y XIX”. *Historia y género: seis estudios sobre la condición femenina*. Eds. Daniel Villar, María Herminia Di Liscia y María Jorgelina Caviglia. Buenos Aires: Biblos. 1999. 53-87.
- Filer, Malva E. “*Finisterre*: europeos e indígenas en María Rosa Lojo”. *Hispanamérica*. 105 (2006): 119-24.
- Lojo, María Rosa. *Amores insólitos de nuestra historia*. Buenos Aires: Alfaguara. 2001.
- Lojo, María Rosa. *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana. 2005.
- Lojo, María Rosa. “Traducción y reescritura”. *El hilo de la fábula* 6 (2006): 142-57. 25 de enero de 2010. <www.mariarosalajo.com.ar>.
- Lojo, María Rosa. “La experiencia del límite: migraciones, expulsiones y devastaciones”. Primer Bienal del Fin del Mundo. Ushuaia. 2007. 15 de enero de 2009. <www.mariarosalajo.com.ar>.
- Lojo, María Rosa. *Awaiting the Green Morning*. Trad. Brett Alan Sanders. Austin: Host Publications. 2008.
- Luesakul, Pasuree. “Entrevista con María Rosa Lojo”. *Castelar*. Argentina. 8 de agosto de 2009.
- Mizrahi, Liliana. *La mujer transgresora*. Barcelona: Emecé. 1992.
- Molina, Hebe Beatriz. “La poética de la rosa: modulaciones de la ficción histórica en María Rosa Lojo”. *Poéticas de autor en la literatura argentina*:

- desde 1950*. Eds. Víctor Gustavo Zonana y Hebe Beatriz Molina. Buenos Aires: Corregidor. 2007-2010. 165-226.
- Montecino, Sonia, y Ana Conejeros. *Mujeres mapuches: el saber tradicional en la curación de enfermedades comunes*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer. 1985.
- Olmedo, Ernesto. “El ‘silencio militar’ en la frontera del Río Cuarto a mediados del siglo XIX: una clave para comprender el conflicto”. *Revista Tefros* 4.2 (2006). 15 de febrero de 2008. <www.tefros.com.ar>.
- Poulson, Nancy Kason. “El dualismo histórico-literario en *Finisterre*, de María Rosa Lojo”. *María Rosa Lojo: la reunión de lejanías*. Eds. Juana Alcira Arancibia, Malva E. Filer y Rosa Tezanos-Pinto. Buenos Aires: Instituto literario y cultural hispánico. 2007. 227-35.
- Rodón, Patricia. “María Rosa Lojo y *Finisterre*”. *Diario Uno digital*. Mendoza. 1 de mayo de 2006. 18 de enero de 2010. <www.mariarosalajo.com.ar>.
- Sáenz de Tejada, Cristina. *La (re) construcción de la identidad femenina en la narrativa autobiográfica latinoamericana, 1975-1985*. New York: Peter Lang. 1998.
- Sauter, Silvia. *Teoría y práctica del proceso creativo*. Madrid: Iberoamericana/ Frankfurt am Main: Vervuert. 2006. 142-43.
- Yaben, Jacinto R. *Biografías argentinas y sudamericanas*. Buenos Aires: Editorial Metrópolis. 1938-1940.